



PERSONAJES A LA ÚLTIMA



SOLETE CASADO

LULA IRIARTE

SOBRESALIENTE EN LENGUA

ANTONIO MARCOS

Dicen que cuando aprendes una nueva lengua es como si te construyeras un segundo cerebro. Si es así, Lula Iriarte es responsable de mucha materia gris repartida por el mundo. Su primera experiencia como profesora de español fue en una decadente academia de la madrileña calle Desengaño, un nombre que no resultó premunitorio: «Ahí descubrí que era profe. Me gusta mucho la gente, enseñar, soy muy curiosa», dice. Desde 1989 ejerce en Cursos Internacionales de la Universidad de Salamanca y ha vivido el cambio radical del sector en los últimos treinta años: de la carencia total de material pedagógico a la coexistencia de másteres, cientos de academias, Instituto Cervantes y ciudades compitiendo por asociar su imagen al idioma. Su libro, «Cuidado con el femenino de pollo!», recoge sus experiencias y pensamientos como docente y es, desde una admirable ligereza falta de pretensiones, una cumbre del humor donde caben una finísima capacidad de observación y el amor a un trabajo que recluta apasionados, vocacionales y escasamente pagados trabajadores de la nueva industria local.

«Salamanca mantiene su prestigio y provoca una fascinación absoluta en los alumnos, aunque llegan obsesionados con Barcelona. Aman la ciudad porque además de una lengua aquí aprenden a vivir solos, lejos de casa. Se marchan emocionados y lo recuerdan siempre», explica. Dos aforismos recogidos en su libro podrían resumir el panorama: «España: catedral, catedral, bar, bar, bar, catedral, bar, bar, catedral» y «En Salamanca, en esta ciudad de los niños perdidos sin padres, el alcalde debería ser Peter Pan». La ciudad como puerto seco, añeja cabecera del conocimiento, el patrimonio y el jolgorio, donde la juventud va y viene, pero sobre todo va.

Lula llegó a Salamanca en plena expansión de Cursos Internacionales, bajo la dirección de Emilio de Miguel. Dio clase, se casó, tuvo hijos y, además, escribió su tesis doctoral. «Eso sí que fue un reto», dice. «Pero yo era como Pipi Calzaslargas, quería saber qué era estudiar. La tesis suele ser el principio de una carrera académica, y yo la hice sabiendo que para mí era el final. Investigué una barbaridad, quería ser tan rigurosa como Dámaso Alonso cuando estudió la poesía». La leyó en 2005, un tratado sobre los temas y técnicas del cuento español de posguerra para el que analizó los más de cuatrocientos relatos publicados por la revista Ínsula durante cuarenta años. «Me gusta todo lo corto. Poesía, aforismo, relato... esa intensidad, el ingenio, la inteligencia rápida. Lo breve necesita la excelencia para existir. Un cuento, o es bueno o no es. A esa conclusión llegué».

Bajo esa lógica, su libro es y está. «Me salió del estómago, de manera compulsiva, casi de un tirón. Nunca pensé que se fuera a publicar». Ahí se reflejan sus filias y sus fobias del idioma («qué bastas y feás son nuestras palabras para la ropa interior: bragas, calzoncillos...»), los mitos («el subjuntivo es difícil porque sólo existe en lenguas románicas. Cuando no lo entienden, deciden que no se usa y ya está») y los puntos de dolor, lo que más cuesta enseñar («con las diferencias entre ser y estar pago la hipoteca», escribe). Una hipoteca modesta, en todo caso: «Los sueldos en esta profesión son muy bajos, hay que decirlo. Hay academias donde es una vergüenza, con explotación brutal para un trabajo que exige mucha preparación, pasión e implicación personal con alumnos para los que somos su primer recurso».

«La lengua es una creación colectiva fascinante, una especialización que recuerda a la evolución humana. Explicarla es meterla dentro de un quirófano y saber qué hay, cómo funciona. Cada lengua es una forma de expresar el mundo», dice con esa capacidad de contagio sobre lo que explica, en una conversación a borbotones. ¿Qué dice de nosotros el español? «Si te fijas en la cantidad de formas de probabilidad o duda que usamos, deduces que cuanto menos sabemos, más hablamos».

